

## La Diplomacia y los Diplomáticos

Por Fernando Gómez Martínez

Como si el título de profesor fundador no fuera bastante, el Señor Rector, los Miembros del Consejo Directivo y el Excmo. Señor Arzobispo, Gran Canciller de la Universidad Pontificia Bolivariana, han querido honrarme con el más alto galardón que este Instituto otorga. Y la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades ha dado su beneplácito.

Se me concede, sin merecerlo, lo que merecieron clarísimos varones que han honrado a Colombia.

Y para hacerme el honor más grato, es Otto Morales Benítez el encargado del rito académico del discurso. Morales Benítez, quien ha sabido cumplir la norma que manda que el discípulo supere a su maestro.

Vosotros, señores profesores, sabéis con cuanto orgullo vemos quienes hemos tenido esta noble función de enseñar que aquellos que han sido nuestros discípulos escalen altas posiciones y honores. El magisterio crea un sentimiento de paternidad espiritual, por lo que el maestro se complace en la gloria de su discípulo. Cuantas veces yo, que fui apenas un modesto profesor embargado de duda acerca de lo que los alumnos pensarán de quien ni tuvo grado ni pudo adelantar el paso al ritmo con que progresaba el derecho, porque se separó de la ruta, he visto al ministro, al gobernador, al magistrado, al gerente, al rector, al decano, al profesor, al publicista, y he dicho con justo orgullo: fue mi discípulo!

Comprenderéis, señores, cuanto será mi agradecimiento con los señores Miembros del Consejo que me postularon para el título; con el Dr. Morales Benítez, que me lo presenta con tan bondadosas palabras; con el ilustre Rector, este Félix Henao Botero cuya trayectoria de maestro insigne he venido admirando desde tantos años; y con Vos, Señor Arzobispo, que con vuestra elevada autoridad habéis patrocinado mi postulación. Si hay palabras que expresen mejor que "muchas gracias" la gratitud, yo quisiera saberlas para emplearlas.

Se supone que un discurso para optar a un grado trate algún tema de fondo. Lo que se ha llamado una tesis. Y ante el compromiso

y la perplejidad de escogerlo, me orienté buscando en lo que ahora es objeto de mi actividad. Y el oferente me ha despejado el camino al hablar de lo que, según él, ha sido mi interpretación de la diplomacia.

---

Hablaré, pues, sin abusar de vuestra paciencia, de la diplomacia y de los diplomáticos.

La diplomacia es antigua. Dícese que entre las tribus primitivas y entre las hordas nómadas hubo diplomacia. Constituíanla las relaciones entre ellas cuando había necesidad de asociarse para la defensa común, para hacer la guerra o para pactar la paz. Existió en Grecia entre las ciudades-estados y en Roma un mucho impositiva bajo el imperio de su paz romana y su orden. Y en el imperio bizantino, y en la edad media, especialmente entre los estados italianos, y en el esplendor del renacimiento y bajo los reyes en cuyos dominios no se ponía el sol o que eran sol, hubo diplomacia. Distintas clases de diplomacia: de diletantismo, de maquiavelismo, de "boudoir" y de imposición.

Y hubo, naturalmente, diplomáticos.

Pero en los primeros tiempos no había ni doctrina ni normas. Existían costumbres y tradiciones y una conciencia nebulosa de que en todo eso estaba en germen un conjunto de principios. Un derecho. Ello porque, lo sabéis vosotros, por diplomacia hay que entender una política, esto es, unas directrices y además unos procedimientos. Mas unos agentes para realizarla. Diplomacia de normas y diplomacia de negociación. Legislativo y ejecutivo.

Fue Grocio quien en el siglo XVII enseñó que existían ciertos principios comunes de conducta internacional que estructuraban un derecho —su derecho de gentes— y que para aplicarlos había agentes, representantes o legados, esto es, diplomáticos.

Pero la diplomacia fue, antes de Grocio, y después de él, y a pesar de Grocio, un juego de intrigas, marrullas y traiciones al servicio no especialmente del pueblo sino de los intereses y las ambiciones de un monarca y cuando más del imperialismo de una potencia.

Una ciencia y un arte que para merecer tales investiduras era preciso ajustar con amarras de moralidad.

Y los diplomáticos? Si la ciencia iba mal, el arte iba peor.

La vena chistosa del pueblo y el ají de la picaresca han hecho siempre víctimas de epigramas y refranes a dos profesiones civiles: la del médico y la del abogado. Y a un estado civil: la viudez femenina. Pero entre todas las profesiones, de ninguna se ha hablado tan mal como de la diplomacia.

Desgraciadamente, hechos históricos y conceptos deprimentes le crearon al diplomático ese mal concepto, y harto trabajo ha costado desarraigarlo de la mente popular.

En la historia de la diplomacia tiénese a los heraldos de las tribus como a los primeros diplomáticos, aunque antes de ellos, según venimos de ver, hubiera habido diplomacia. Pero, en Grecia, a los heraldos se les colocó bajo la tutela del dios Hermes, quien simbolizaba para los antiguos el encanto, la marrullería y la trampa. Cómo no, si el mismo día que nació robó cincuenta cabezas de ganado a su herma-

no Apolo y se volvió a dormir tranquilamente en su cuna. Y Zeus, que por lo visto no fue creador de la moral mitológica, aplaudió aquella elocuente prueba de habilidad del rorro abigeo y lo empleó desde ese momento en las más importantes misiones diplomáticas.

Con semejante comienzo nadie habrá de extrañar lo que de los diplomáticos se dice. Por ello y por lo que después del mundo mitológico siguió en el de la historia.

Dícese, en efecto, que cuando las nociones de buena fe, honor y lealtad no estaban bien fundadas, los monarcas absolutos —generalmente ambiciosos— daban a sus embajadores misiones que la moral reprobaba, para las cuales estaban autorizadas el disimulo, la falsedad y el dolo.

No poca parte le toca a Maquiavelo en esta desviación del criterio moral diplomático, aunque el autor de “El Príncipe” haya tratado de justificar su opinión presentando su tesis como una necesidad defensiva ante una corrupción generalizada. “Todo el mundo sabe —escribió— cuan loable es para un príncipe conservar la buena fe y vivir con integridad y no con astucia. Sin embargo, la experiencia de nuestra época nos muestra que los príncipes que han hecho grandes cosas han tenido muy poca consideración por la buena fe, y han sido capaces, mediante la astucia, de desconcertar la mente de los hombres y han terminado por sojuzgar a aquellos que habían hecho de la lealtad su fundamento...”. Por lo que agrega: “Un gobernante prudente no debería, por lo tanto, cumplir su palabra cuando el hacerlo fuese contrario a sus intereses y cuando las razones que le hicieron obligarse hubiesen dejado de existir. Si todos los hombres fuesen buenos, este precepto no lo sería, pero como son malos y no obrarán de buena fe con vosotros, tampoco vosotros estáis obligados a cumplir vuestra palabra para con ellos”.

La influencia que estas ideas tuvieron entre los diplomáticos fueron decisivas para torcer el rumbo de su profesión. Y el mal nombre de los del oficio creció sin que nadie pudiera evitarlo.

De allí en adelante se consideró la diplomacia como sinónimo de astucia y disimulo y al diplomático como un hombre fino, si, pero disimulador, astuto, sagaz, que posee la virtud de hablar para ocultar su pensamiento.

La Bruyere decía fijando los caracteres del diplomático: “El Ministro público es un camaleón, un Proteo, semejante algunas veces a un hábil jugador; no demuestra humor ni temperamento, para no dejar escapar nada de su secreto por pasión o por debilidad... Todas las miradas de un embajador, todas sus máximas, todos los refinamientos de su política, tienden a un solo fin: el de no dejarse engañar y engañar a los demás”.

Y un embajador británico, Sir Henry Wotton, escribió en un album esto que no convenció como chiste a su rey Jacobo I: “Un embajador es un hombre honrado a quien se envía al extranjero a mentir por el bien de su país”, concepto éste que coincide con el de Tallyrand de que los diplomáticos eran “unas personas muy respetables que se mandan a mentir al extranjero”.

Pero estas opiniones cambiaron a medida que cambió el objeto de la diplomacia y sobre todo sus sistemas.

Cambió la diplomacia desde que los intereses públicos se separaron de los particulares, ello es cuando el diplomático dejó de representar una política personal del soberano para representar los intereses de la comunidad. Pudiéramos decir, desde que se hizo democrática.

Antes de ese cambio existía además una actitud de indiferencia por parte del pueblo. Se dejaba que el gobierno manejara solo los asuntos exteriores y dispusiera así de la paz y de la guerra.

Fue a partir de la primera guerra mundial cuando se vió que un país podía verse comprometido sin su consentimiento y contra sus intereses y que la guerra afectaba no solo a los combatientes sino a la población civil, a la nación entera. Y se despertó con ello mayor interés por las cosas que tenían que ver con las relaciones exteriores y se tuvo menor sumisión y complacencia con los gobernantes.

Tal es el poder incontrastable de la opinión pública, fiscal insobornable de los gobiernos, espíritu vigilante de la nación.

Ahora la publicidad ejercida por medio de tantos sistemas, en ambiente de libertad, y la acción fiscalizadora del parlamento, hacen que las órdenes que se impartan a los diplomáticos sean unas medidas morales y se orienten al provecho exclusivo de la nación. Todo esto en virtud de que la diplomacia, al dejar de ser secreta, al hacerse democrática, impuso que los tratados hayan de ser aprobados por el Congreso.

Se estrecharon por otra parte las relaciones entre los pueblos y los contactos se hicieron más frecuentes. Y de esa amistad nació una repugnancia a cometer injusticias.

Aparecieron además los organismos internacionales con aquella calumniada y fracasada Sociedad de las Naciones que, a pesar de todo, fue el paso inicial de una nueva política. Honor a Wilson! Y en el contacto de las conferencias se estrecharon las relaciones, se estudiaron los problemas, se entendieron mejor los puntos de vista y nació una conciencia de hermandad internacional.

Por lo que hace al diplomático, el cambio no ha sido menos notorio. Mejoró el concepto acerca de su misión y se buscaron en él cualidades más altas. Ya no son la cortesanía aparente, ni la conducta taimada, ni el espionaje, ni la traición, ni la falta de escrúpulos, ni el maquiavelismo, en últimas, lo que rige las relaciones internacionales. Ni menos aquellas calidades que se requerían para lucirse ante el esplendor de una corte: ser de excelente familia, rico y dotado de una presencia física hermosa. Desaparecieron, pues, el camaleón, el Proteo y el Adonis.

Exígense, en cambio, virtudes sociales y morales eminentes.

De allí que Cambon dijera: "El método más persuasivo de que dispone un gobierno es la palabra de un hombre honrado". Y que el Baron Sonnino, Ministro de Relaciones Exteriores de Italia en 1918, hiciera grabar en la repisa de la chimenea de su despacho el lema: **Aliis licet: tibi non licet.**

Nicolson enumera así las virtudes que deben adornar al diplomático: veracidad, precisión, calma, buen carácter, paciencia, modestia,

y lealtad. Todo lo cual pudiera resumirse en otra, la integridad moral, que se transforma, en la práctica, en lo que alguno llama "influencia moral".

No son estas, desde luego, todas las cualidades que requiere un buen diplomático, de la época democrática. Son las que, como he dicho, ensamblan la integridad moral. Falta enumerar las de valor social y las intelectuales y hasta las de poder gastronómico. Pero esto no es un tratado sino un discurso que quiero hacer breve.

Habéis visto que no he hecho definiciones. Pero hablando de diplomacia y diplomáticos, bien vale la pena anotar que la voz "embajador", según algunos, procede del italiano *ambascia*, que significa pena, desazón, mal humor, "por los disgustos que ocasiona el cargo". Lo que yo no creo, si he de juzgar por el número de los que aspiran a entrar al servicio diplomático y de los que quieren reincidir.

Honda transformación, entonces, la que han padecido la diplomacia y los diplomáticos, los cuales se han enaltecido.

Gracias a qué? Afirmemos de una vez que ahora las relaciones se rigen por el derecho. Y el derecho es, según Santo Tomás, ordenación de la razón.

Pero al derecho se ha llegado por el comercio, por los contactos, por la necesidad de integrarse. Crean las vías de comunicación esos contactos y estrechan las relaciones. Una red de amistades y de intereses se ha trabado entre los pueblos de distintos países y con ella el compromiso de someterse a normas de cortesía, de corrección y de honradez. Por lo que la diplomacia atiende no solo a la política sino a la economía. Pensando en ello alguno ha dicho que la diplomacia sana fue invento de los ciudadanos de la clase media.

Ni ha faltado una consideración de cálculo. El último autor citado opta por el sentido común dentro del cual la diplomacia "moral" es más eficaz, ya que la inmoral frustra sus propios fines. "Hasta los triunfos diplomáticos más brillantes —dice— conseguidos mediante el engaño, se basan sobre cimientos inseguros. Dejan en la parte derrotada un sentimiento de indignación, un deseo de lograr la revancha y un resentimiento que siempre constituirán un peligro".

Pero esos factores no hubieran bastado. Ha habido, si, otras influencias de mayor alcurnia en el progreso moral de la diplomacia. Así, algunos tratadistas anglosajones lo atribuyen a la gradual aproximación de la moral pública a la privada. Las normas eternas de conducta alcanzan también a las naciones. El prójimo no es solo nuestro vecino, nuestro conocido. Prójimos son también los pueblos.

Terminemos y digamos que así elevada y ennoblecida —y por qué no?— cristianizada, la diplomacia llegará un día a ser instrumento para lograr el anhelo del género humano, que cantaron voces celestiales en la noche de Belén: la paz entre los hombres.